

PENSAR LA LITERATURA

**SUBJETIVIDAD, ESCRITURA Y LECTURA EN LAS NARRATIVAS DEL YO:
DESARTICULACIONES DE SILVIA MOLLOY****VERÓNICA GARCÍA BIANCHI¹****RESUMEN**

Este trabajo aborda la compleja (re)configuración de la subjetividad en las narrativas del yo a partir del análisis de *Desarticulaciones* (2010) de Silvia Molloy. La temática central es el testimonio y la experiencia de la pérdida de memoria (Alzheimer o demencia) en un ser querido, y cómo este proceso afecta la subjetividad del testigo-narrador y la noción de vínculo. La metodología se basa en la crítica literaria y el análisis conceptual, utilizando el concepto de espacio biográfico de Leonor Arfuch como marco, y dialogando con los aportes teóricos de María Victoria Rupil y Andrea Ostrov sobre la notación fragmentaria y la crisis de identidad.

La hipótesis principal sostiene que, ante la desarticulación de la memoria y la identidad del otro, la escritura opera como un imperativo ético y una estrategia de resistencia que, paradójicamente, logra articular una subjetividad precaria y fragmentada. El texto, aunque fragmentario, ofrece al lector una certidumbre narrativa que la vida niega. La conclusión reafirma que la escritura y la lectura actúan como una "caja china" que reconfigura la subjetividad en un escenario de pérdidas, dando cuerpo a la experiencia de lo incierto y rescatando las huellas del vínculo a través de la trama.

PALABRAS CLAVE: SUBJETIVIDAD – NARRATIVAS – ESPACIO BIOGRÁFICO – TESTIMONIO - MEMORIA

¹ Es profesora en Lengua y Comunicación Oral y Escrita y maestranda en la Maestría en Educación Literaria en la UNCo-CURZAS. Es docente ayudante en cátedra de Literatura Latinoamericana en la UNCo-CURZAS y editora en la UNRN. Ha participado en proyectos de investigación en lingüística y, en la actualidad, en literatura latinoamericana en el CURZAS.

Tenía lo que llamaba un pequeño surtido de herramientas: Un libro pintado. Un puñado de lápices. Una cabeza llena de ideas. Como si fueran piezas de un puzzle, empezó a encajarlas.
Markus Zusak, *La ladrona de libros*

La verdad solo puede ser explicada en términos de ficción.
Jacques Lacan

Busqué *Desarticulaciones* de Silvia Molloy (2010) porque la literatura da cuerpo a las experiencias y emociones que sentimos los familiares de personas con Alzheimer o demencia mental. La escritura y la lectura proporcionan una posibilidad de establecer una unidad en la experiencia de la subjetividad que vamos desconociendo, aunque sea precaria, y sentido a la vida, aunque sea inestable. Para el análisis de este trabajo se parte del concepto de espacio biográfico de Leonor Arfuch solo para situarlo en las narrativas del yo y lo aportes de Silvia Molloy que también expone acerca del destinatario. En principio leo *Desarticulaciones* desde la noción de subjetividad que utilizan los textos de María Victoria Rupil (2015) y Andrea Ostrov (2020), pero pensada en su relación con la lectura. Es decir, toda narrativa del yo configura una subjetividad, en este caso ante la pérdida de la memoria y la mirada del testigo hay una doble configuración afectada por los vacíos. También, la lectura pone en juego la subjetividad del lector.

Sylvia Molloy (2001) expone que: “La vida es siempre, necesariamente, relato: relatos que nos contamos a nosotros mismos como sujetos, a través de la rememoración; relato que oímos contar o que leemos, cuando se trata de vidas ajenas” (p. 16). Para la autora en la autobiografía no importan los sucesos sino la articulación de estos que están en la memoria y se reproducen en el recuerdo y la verbalización (p. 16). En esta cita se vinculan las nociones de relato, memoria, sujeto (subjetividad) y lectura. Este es el horizonte que pretendo esbozar en estas líneas centrado mayormente en la escritura frente a una subjetividad posible en un vínculo afectado por la pérdida de la memoria y la lectura como un lugar de reconfiguración de la experiencia. El estado del arte expone sobre los ejes de la memoria, el género, la subjetividad, la pérdida, el cuerpo femenino enfermo como los trabajos de Celina Manzoni (2021), Susanna Regazzoni (2019), la pérdida es abordada por Laura Raso y Gabriela Simón (2012), entre otros trabajos, además de las lecturas críticas de Rupil y Ostrov.

Leonor Arfuch (2002) al desarrollar la noción de espacio biográfico delimita que no es

posible pensar la autobiografía a partir de la identidad entre narrador y autor porque no existe tal coincidencia. Además, Arfuch sostiene que contar la historia de una vida es dar vida a esa historia (p.38). Por lo que, aun si ese lazo autor/narrador no se evidencia es innegable que en *Desarticulaciones* hay un yo que nos relata la vivencia de ser testigo de la evanescencia de la subjetividad de su amiga/expareja ML así como, la creación de vacíos en la propia subjetividad de la narradora. De este modo, el relato da vida a ese doble proceso que todo vínculo involucra, somos con otros, en este caso atravesado por la enfermedad de Alzheimer. Entonces nos lleva como lectores a vivenciar el vínculo con ML que va abandonándose por la enfermedad.

Arfuch al definir el espacio biográfico también incorpora los momentos de vivencia presentes en las obras audiovisuales y al definir estos expresa una noción que considero importante. La autora dice que esas formas evidencian “la búsqueda de la plenitud de la presencia —cuerpo, rostro, voz-, como resguardo inequívoco de la existencia, de la mítica singularidad del yo. (...) ese resguardo en tiempos de incertezas” (2002, p. 61). Aunque lo plantea en términos de la búsqueda que realizan los medios audiovisuales por el impacto del aquí y ahora de la vida, para *Desarticulaciones* se podría admitir en términos más de sentido existencial donde radica el resguardo inequívoco de la presencia. Pareciera que la narradora busca en su amiga esos lugares, señales, en donde aún subsiste su subjetividad y a su vez reconocerse en ese vínculo que han tenido. Esos rastros son los recuerdos, la mirada, la lengua, las lecturas, los sueños la voz, las actividades de leer, conversar. Ante la falla de la memoria en su amiga en ella se despierta “ese abarrotamiento digno de Funes” (Molloy, 2010, p.62) de su propia vida hasta que también valora el olvido como una instancia necesaria. Sin dudas, una enfermedad como la pérdida de la memoria es un atentado a las certezas. Las preguntas sobre qué queda de lo construido en el vínculo, qué queda de la persona y cómo nos vinculamos con lo que desaparece de esa persona y esos restos de lo conocido y lo nuevo que aparece nos ubica en un lugar de extrañeza y desconcierto. Si bien Arfuch lo expresa para la insistencia en el yo de lo mediático, la insistencia en el yo es la estrategia necesaria frente a evanescencia del yo de ML por efecto del Alzheimer y de parte de sí misma. Hay una búsqueda no de replicar sino de constituir esa subjetividad en la escritura, que evidencia que la tarea es similar a tomar la arena en las manos. En la narración se constituye el sujeto, el narrador que intenta configurar un otro, muy conocido, que se le hace extraño y un lector que queda expuesto a la precariedad de la subjetividad. En tanto, la escritura es un esfuerzo por retener las huellas

de ML, de sujetar su propia subjetividad que se reconoce frágil, no definitiva, porque esta condición se evidencia en los duelos de la vida. En tanto, la lectura brinda un marco de certezas, relatar la pérdida de la memoria y el duelo de acompañar ese proceso aún brinda una certidumbre dado por la trama, aún en su fragmentariedad.

Es decir, el sujeto se constituye mediante el dialogo (Arfuch toma la noción de Bajtin) y este pone en movimiento la memoria. Toda vida se rescata mediante el recuerdo, esa instancia que remite a la totalidad y que nos configura como sujeto, dice Arfuch. Pues quien recupera los recuerdos sabe que hay vacíos, olvidos, desplazamientos, cierta parcialidad que en el encuentro con el otro al ser narrado pide del esfuerzo de nutrir ese instante y a la vez evidencia esa carencia. Ese tránsito que lleva del yo al nosotros, en términos de Arfuch, evidencia que el yo se constituye con el otro y que la subjetividad es una construcción relacional que necesita de la memoria. Por ello, la escritura de las narrativas del yo y la lectura son esas instancias de encuentro con otro diferente que interpela la propia vida, reconfigurándonos, reordenando lo fragmentario de la memoria. En *Desarticulaciones* de Molloy se evidencia este aspecto. Dice la narradora “No quedan testigos de una parte de mi vida, la que su memoria se ha llevado consigo” (22), en la pérdida de su amiga acontece la pérdida de sí misma. La subjetividad, la identidad, se constituye en ese dialogo siempre renovado con el otro.

Para abordar el estudio de la estrategia de recurrir al fragmento para narrar el presente y la subjetividad sujeta a la pérdida, Victoria Rupil (2015) recurre a la noción de notación como una forma de crear y retener la experiencia. La autora diferencia escritura de notación, como un registro del presente que está en el umbral entre las escrituras del yo de los géneros clásicos y la ficción. El presente, dice, y algunas experiencias solo se pueden narrar en fragmentos. La autora expone: “la escritura es experiencia/.../ No se trata de recobrar el pasado en la escritura: allí se produce la experiencia, allí coinciden presente y memoria” (Rupil, p. 211). Entonces en el relato se produce la experiencia. Rupil (2015) analiza *Desarticulaciones* desde la concepción de una notación de una subjetividad que se desvanece en el tiempo. En la escritura del yo que realiza Molloy no hay una necesidad de articular, sino de crear presente. Entonces para Rupil, *Desarticulaciones* es el paréntesis entre la palabra articulada y la desarticulación del lenguaje y de la pérdida de la memoria del personaje principal, M.L. La palabra escrita interrumpe la desarticulación, el escriba articula

da continuidad, pero no remeda. La autora remarca el lugar de testigo de la escritura de la pérdida de la memoria de M.L., el registro de lo que va quedando, la ruina. Se pierde la memoria compartida, entonces la escritura borda una imagen con los hilos de esa experiencia asumiendo los vacíos, las ausencias, las imposibilidades y permite, apelando al recuerdo y a la palabra, no olvidar (p.233) porque son “el intento de asir aquello [el presente] que queda fuera, lo que no se puede escribir” (Rupil, 2015, p. 236). Para Rupil la notación, el modo fragmentario de registro, articula. Entonces, la notación sirve para no olvidar, una presente y memoria y para ello ensaya otras formas de literatura (p. 235).

Entonces la escritura que la narradora expone en la frase: “Tengo que escribir” (p. 9) es el intento de registro ante la falta que anuncia la enfermedad, la pérdida de sí misma y la pérdida de la conexión en el vínculo. La narradora queda en soledad en el vínculo, apegada a una imagen, a una subjetividad previa a la enfermedad, busca reconocerla en los fragmentos de la memoria. La escritura es una forma de retener a ML, de dar cuerpo al vínculo entre ellas, de resguardar los rastros de ese vínculo, entonces dejar de escribir es abandonarla y vivir la culpa: “Siento que la estoy abandonando. Pero de algún modo ella misma se está abandonando” (p. 76). Ya no es posible el diálogo porque no hay pasado y la posibilidad del encuentro en el presente que se sostenía por esos recuerdos, cuando ya no están esas instancias se encuentra con un rostro conocido, pero sin historia compartida. Cada de las palabras de la narradora constituye un registro de una vivencia de la pérdida: de la memoria, de sí misma en el caso de ML, de un pasado compartido, de un vínculo. Pero a su vez la escritura crea una imagen de ML, una subjetividad fragmentada de ML, que en la lectura podemos reconocer.

Andrea Ostrov (2020) incluye el texto en una tradición de la literatura latinoamericana que abordan la temática de la enfermedad como protagonista: “hecho distintivo de que el cuerpo y el proceso de deterioro concentran en gran medida el foco de interés narrativo.” (p. 259). Para la autora estas narrativas instauran la pregunta sobre los términos en que nuestra cultura constituye la subjetividad y, en consonancia, la normalidad. También expone que *Desarticulaciones* es un registro del deterioro de la subjetividad de ML, en tanto la narradora en primera persona escribe el proceso de deshacerse de ML. En este caso, la escritura expone. Ostrov lo plantea como un imperativo ético, es necesario narrar la aniquilación de la subjetividad (p.259). Para la autora la pregunta sobre la subjetividad también involucra la

identidad, la humanidad, la temporalidad. De alguna forma la pérdida de estas nociones desintegra al sujeto. Pero también en *Desarticulaciones* la afección de la temporalidad clausura la posibilidad del relato de una vida, de la asignación de una unidad significativa, sin memoria no hay relato. La memoria de sí es la constitución de la identidad, el relato es la condición necesaria de continuidad: “su única permanencia radica –siguiendo a Paul Ricoeur– en la continuidad del relato que el sujeto hablante hace de sí mismo” (266). Las líneas de Ostrov orientan mi lectura, pero estableciendo una diferencia. Considero que en *Desarticulaciones* es posible la narración, aunque la unidad significativa se constituya a partir del fragmento, la subjetividad precaria también se articula (en coincidencia con Rupil), además la continuidad opera en la lectura, involucrando también la subjetividad del lector.

En cambio, Ostrov plantea que en las narrativas de enfermedades que afectan la memoria hay una correspondencia entre la desarticulación del texto y la desarticulación de la subjetividad de la paciente, no es posible seguir narrando ese proceso. La autora cita a Ricoeur a partir de la noción de identidad: «“A la pérdida de identidad del personaje corresponde [...] la pérdida de configuración del relato y, en particular, una crisis de la clausura del relato” (Ostrov, 263). Ella entiende la sección denominada “Interrupción” como la imposibilidad de clausurar un relato. Sin embargo, desde la lectura considero que el efecto es el contrario. A la experiencia de la incertidumbre se le da un punto desde el cual asirse, una voz, esa fue mi búsqueda como lectora. En esta línea, recupero el planteo de Arfuch sobre el concepto de valor biográfico de Bajtin. La autora lo incorpora para explicar la diversidad y aumento en la contemporaneidad de las narrativas del yo y “la (re)configuración de la subjetividad contemporánea” pues tiene efectos en la vida del lector en cuanto a su ordenamiento (p. 57):

este valor biográfico —heroico o cotidiano, fundado en el deseo de trascendencia o en el amor de los prójimos—, que impone un orden a la propia vida —la del narrador, la del lector—, a la vivencia de por sí fragmentaria y caótica de la identidad, lo que constituye una de las mayores apuestas del género y, por ende, del espacio biográfico. (2002, p. 47)

en donde en la contemporaneidad el lector puede experimentar, es decir tener experiencias de la diversificación de las narrativas del yo. Esta noción es útil para involucrar los efectos sobre el lector, el involucramiento de la lectura como experiencia.

El efecto de lectura de *Desarticulaciones* es diferente en cada experiencia, en cada vida. Por

ello es pertinente retomar la pregunta de Arfuch (2021): “¿qué nos lleva a atisbar, como lectores, esas vidas ajenas, confundidas tal vez con sus obras o en su simple devenir?” (p. 10). Sin dudas, la búsqueda de leer narrativas del yo es una búsqueda de un tipo de experiencia, de un ordenamiento. Los que tenemos la experiencia de convivir con una persona con Alzheimer sabemos lo fluctuante, incierto, doloroso de esa vivencia que te somete a la incertidumbre. En *Desarticulaciones* se expone y se comparte esa experiencia. La expresión de las desarticulaciones de la subjetividad de su amiga y la narradora como testigo, paradójicamente, brinda al lector una certidumbre, una trama articulada en fragmentos, un inicio, un desarrollo y final, un recorrido preciso de una experiencia del yo, una imagen de la subjetividad de ML y de la narradora, además una imagen del vínculo. Una certeza que la vida ha arrebatado a la persona con la enfermedad y que el lector sabe que es inestable. Entonces el segmento “Interrupción” no implica la ausencia de clausura de una trama, sino que es una posición frente a ese relato y a esa subjetividad que se desvanece. La narradora expresa que le está negando algo: “una continuidad de la que solo yo, en esas visitas, puedo dar fe” (Molloy, 76). En tanto escritura la narración se interrumpe, pero en la lectura esa interrupción se convierte en un cierre que la vida niega. La lectura es la experiencia de un recorrido preciso, de una subjetividad y un vínculo posibles de ser narrados en su fragmentariedad. Por ello el epígrafe se escribe en imperativo “Tengo que escribir” (Molloy, p. 9) cuando aún hay rastros de la subjetividad y el presente del vínculo, pues este último aún subsiste sin la memoria del otro, subsiste aferrado a un pasado que obliga a registrar. La escritura surge de la necesidad de entender desde el lugar del presente, de testigo de la enfermedad de una amiga: “para tratar de entender este estar/no estar de una persona que se desarticula ante mis ojos” (p. 9), que es lo que busca también el presente de la lectura. La escritura enuncia la pretensión de dar continuidad en esa operación al vínculo y a la subjetividad de su amiga y de la narradora: “Tengo que hacerlo para seguir adelante, para durar una relación que continúa pese a la ruina, que subsiste, aunque apenas queden palabras” (p. 9). En la lectura se entrama esa necesidad de consolidar y dar continuidad en un escenario de pérdidas; se imbrican las incertidumbres de la narradora, la subjetividad de su amiga y la experiencia del lector. En esa encrucijada las desarticulaciones se trazan en una línea de tiempo que se consolida en el relato, y en definitiva en una vida que finalmente es narrada, y en la experiencia de la lectura. Es decir, se articulan en la operación de escritura y en la lectura configurando una trama posible.

Entonces la escritura y la lectura como una caja china reconfiguran la subjetividad, aportan materialidad, un espacio de certeza de un proceso de incertidumbre. El rastro de ML a partir de la narradora, la narradora constituyéndose a sí misma reconfigurando el lazo entre pasado y presente, y el lector sumergiéndose en ese relato dan cuerpo a una experiencia de pérdida, una vivencia que muestra lo fragmentario y precario de la subjetividad y la vida.

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA

Arfuch, L. (2002). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Fondo de Cultura Económica.

Arfuch, L. (2021). *La vida narrada. Memoria, subjetividad y política*. EDUVIM

Molloy, S. (2001). *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. Fondo de Cultra Económica

Molloy, S. (2010) *Desarticulaciones*. Eterna Cadencia

Ostrov, A. (2020). Un yo sin yo. Memoria y subjetividad en *Desarticulaciones* de Sylvia Molloy. *Altre Modernità*, 24, pp. 209-333. <https://doi.org/10.13130/2035-7680/14638>.

Raso, L. y Gabriela S. (2012). *La experiencia de la pérdida: la delicadeza en Desarticulaciones de Silvia Molloy*. Universidad de Buenos Aires.

Regazzoni, S. (2019) Entre pérdidas y desarticulaciones: los avatares de la memoria en la obra de Sylvia Molloy. *Orillas*, 8, pp. 31-42. Università Ca' Foscari Venezia

Rupil, M.V. (2015) Avatares de la palabra escrita: la notación como posibilidad narrativa. Una lectura de Levrero, Molloy y Kamenszain. *Revista Caracol*, 10, pp. 208-238.